

La verdad
no está
tras la puerta

Rafael Belmonte Agüera

Unos dan por sentado que la verdad no está tras ninguna puerta y otros, quieren averiguarlo. Un cartel en una puerta situada en medio de un parque causa quebraderos de cabeza.

ESCENARIO:

*Entre dos sucios y semiderruidos bancos de un jardín, por ejemplo (puede servir cualquier otro escenario), hay levantada una puerta, ya desvencijada, con su marco correspondiente. Lucen en el centro, bien visibles pintadas a mano, unas letras poco lustrosas en donde se lee: **“La verdad no está tras la puerta”**.*

Personajes

ROQUE. -

AGUSTÍN. -

ROQUE, vestido con un mono, sentado en uno de los bancos, hojea un periódico. Entra **AGUSTÍN**, con maletín y trajeado, atraviesa la escena, pero retrocede al ver la puerta y el rótulo. Curioso, se acerca a esta, después de mirar a **ROQUE**, quien sigue con su periódico. Cuando **AGUSTÍN** tiene una mano cerca del pomo de la puerta.

ROQUE: ¡Hep!

AGUSTÍN: *(Retira la mano, asustado por la llamada de atención)* ¿Qué le pasa?

ROQUE: Nada, señor.

Tras esperar a que ROQUE siga con su periódico, AGUSTÍN curioseea con la mirada por detrás del armazón de madera con disimulo. De nuevo acerca una mano al pomo de la puerta.

ROQUE: ¡Hep!

La misma operación de antes: AGUSTÍN se retira de inmediato.

AGUSTÍN: ¿Qué pasa? ¿No se puede tocar? Está prohibido.

Silencio.

Digo, que si no se puede tocar.

ROQUE: Sí, supongo que sí.

AGUSTÍN: ¿Por qué grita?

ROQUE: ¿Quién?

AGUSTÍN: Usted ha gritado.

ROQUE: Pues no lo sé.

AGUSTÍN: ¿Me toma el pelo?

ROQUE: Ni pensarlo. No sabría.

AGUSTÍN: ¿Entonces?

ROQUE: No lo sé.

AGUSTÍN: ¿No lo sabe?

ROQUE: Correcto. No lo sé, señor.

AGUSTÍN: Me asusta usted, cada vez que intento tocar la manivela, da ese impertinente gritito.

ROQUE: Pomo, no manivela.

AGUSTÍN: Pues pomo.

ROQUE: No es lo mismo.

AGUSTÍN: Bueno. ¿Puedo?

ROQUE: Adelante.

AGUSTÍN acerca cautelosamente una mano.

ROQUE: ¡Hep!

AGUSTÍN: ¿Qué hace?

ROQUE: ¿Yo? Nada. Leo el periódico.

AGUSTÍN: Sigue gritando.

ROQUE: ¿A sí?

AGUSTÍN: Que sí.

ROQUE: No me entero. Decididamente.

AGUSTÍN: Quien no se entera soy yo. ¿Puede explicármelo, por favor?

ROQUE: Pedido así...

AGUSTÍN: Adelante, adelante.

ROQUE: Hace muchos años, ocho o diez, o quizá más, un hijo que yo tenía fue una semanita a una excursión de esas que prepara el mismo colegio y me contó que un día se detuvieron con el microbús en el que viajaban en medio del campo a estirar las piernas y... de paso, a hacer las correspondientes

necesidades de cada uno y él, jugueteando, vio y persiguió una lagartija para atraparla, se agachó, y cuando la agarró, después de mucho correr, la lagartija le entregó en prenda su rabo, pero el resto salió corriendo apresuradamente, como alma en pena. Porque las almas en pena, ¿corren o no corren?

AGUSTÍN: ¿Eh? Correrán, quiero pensar, como todo el mundo.

ROQUE: Es posible que a usted le pase lo mismo con el pomo.

AGUSTÍN: ¿Sí?

ROQUE: Sin duda.

AGUSTÍN: ¿Y quién sería la lagartija?

ROQUE: La puerta, naturalmente.

AGUSTÍN: Entonces el rabo...

ROQUE: En este caso no hay rabo ¿Las puertas tienen rabo? ¿Dónde ha visto usted una puerta con rabo, señor?

AGUSTÍN: ¿Y su hijo...?

ROQUE: ¿Que hijo, amigo?

AGUSTÍN: El suyo, el que cogió una lagartija por el rabo y se quedó con él en la mano...

ROQUE: Ah, ese ya no es mi hijo. Además, ese no detendría una tortuga de ochenta kilos en una zapatería, como para pillar una lagartija. ¿Sabe usted la prisa que llevan siempre esos bichos?

AGUSTÍN: Ah, como antes ha dicho...

ROQUE: Antes, eso fue antes, naturalmente. Eso es historia ya, agua pasada, agua pasada como dicen en mi pueblo; en este instante yo soy el historiador y cuento la historia como a mí me complace. ¿Comprende?

AGUSTÍN: Comprendo, naturalmente.

Pausa.

ROQUE: ¿Sabe cómo ha quedado el Betis?

AGUSTÍN: ¿Quién?

ROQUE: El Betis.

AGUSTÍN: ¿Qué Betis?

ROQUE: ¿Cuántos Betis conoce usted?

AGUSTÍN: Ninguno. Yo, no...

ROQUE: ¡Cómo es posible! ¡Cómo!

AGUSTÍN: De todas formas, sea lo que sea, podrá usted consultarlo ahí en el periódico.

ROQUE: Nada. No aparece. Puede tratarse de otra confabulación, con la de confabulaciones que hay hoy en día, porque es que todos los demás encuentros están, pero falta el del Betis. Y es el que más me interesa. Llevo una quiniela antigua y dependo de ese resultado para....

AGUSTÍN: Explíqueme quién es ese...

ROQUE: ¿De verdad no sabe...? Qué vergüenza. En pleno siglo veintiuno y que no sepa...

AGUSTÍN: Déjeme el periódico, yo se lo buscaré.

Observado atentamente por ROQUE, AGUSTÍN lee detenidamente hoja por hoja.

ROQUE: ¿Se está leyendo el periódico?

AGUSTÍN: ¿Eh? Sí, busco al Tetis ese. ¿Cómo lo voy a encontrar si no?

ROQUE: *(Mirando la página)* ¡Pero si está en la sección de sucesos!

AGUSTÍN: Si no es un suceso, entonces, ¿qué es?

ROQUE: Deme, deme el periódico.

AGUSTÍN: A mí me urge mucho más averiguar qué hay o qué... no hay detrás de esa puerta. *(Se acerca un tanto hacia la parte de atrás del armazón)* ¿Sabe usted algo? Yo es que no veo nada por aquí.

ROQUE: No, si no hay nada. No encontrará nada absolutamente. Hay un vacío persistente, eso sí.

AGUSTÍN: ¿Un vacío...? Eso es como la nada. Pues ni siquiera eso aprecio yo.

ROQUE: ¿Seguro que ha mirado bien?

AGUSTÍN: Supongo que sí. ¿Y usted ha encontrado...?

ROQUE: No, no lo encuentro. ¿Qué lleva en ese maletín?

AGUSTÍN: ¿Aquí?

ROQUE: Ahí.

AGUSTÍN: El pijama. Qué voy a llevar.

ROQUE: No sé. Dinero... Algo más importante, más sustancioso.

AGUSTÍN: ¿Es poco importante el pijama? ¡Si es esencial!

ROQUE: ¿Y se dirige?, con perdón.

AGUSTÍN: A la oficina, a dormir. Trabajo en casa, porque preparo comidas, lavo ropa, la tiendo, la plancho, quito polvo, barro y friego suelos, paredes, baño al perro, al gato, no, porque no se deja, esas cosas, y duermo en la oficina, como todo el mundo que trabaja en casa.

ROQUE: Le estoy robando minutos de sueño.

AGUSTÍN: Descuide. Estoy muy interesado en... *(Señala la puerta)* Además, el sueño lo recuperaré. Haré horas extras y ya está.

ROQUE: ¿Le pagan las horas extras?

AGUSTÍN: Mal, son desconsiderados y me despiertan a mitad de jornada.

ROQUE: Ah, ¡qué vergüenza!

AGUSTÍN: ¿Y su trabajo?

ROQUE: Buscar trabajo y mi Betis.

AGUSTÍN vuelve a la puerta y a mirar tras ella desde otro lateral.

ROQUE: No, si no hay nada. Es todo fachada. Las fachadas están de actualidad en todos los ámbitos, ya sabrá: por fuera una cosa y por dentro, otra bien distinta. Una cosa se dice, otra, se piensa y a la hora de hacer, se hace lo que a cada uno le viene en gana. Si de verdad está tan empeñado, para averiguar qué no hay detrás de la puerta, debe hacerlo por el sitio adecuado y volver en el día indicado.

AGUSTÍN: ¿Ah, sí? ¿Hay posibilidades? ¿Podría ser?

ROQUE: Indudablemente. Tengo experiencia.

AGUSTÍN: ¿Qué día es ese?

ROQUE: ¿Qué día es hoy?

AGUSTÍN: Día.

ROQUE: Sí, día de la semana.

AGUSTÍN: Miércoles.

ROQUE: En miércoles no conseguirá ver nada, creo yo. Mucha suerte tendría que tener. Yo una vez pasé y había un abismo. Pero era un lunes.

AGUSTÍN: ¿Un abismo?

ROQUE: Eso he dicho, señor.

AGUSTÍN: No sé yo si usted está...

ROQUE: ¿Loco?

AGUSTÍN: No, no, no he pensado eso exactamente.

ROQUE: ¿No?

AGUSTÍN: Que no, que no.

ROQUE: Pasaré por alto su comentario.

AGUSTÍN: No he hecho ningún comentario.

ROQUE: Pues su pensamiento, lo pasaré por alto.

AGUSTÍN: ¿Me va a fiscalizar los pensamientos? ¿Usted da por hecho que sabe con certeza en lo que estaba pensando yo hace unos segundos?

Silencio.

ROQUE: Mire, me ha caído bien usted, y probablemente, esto que voy a contar, le parecerá una barbaridad, pero yo no exagero, nunca he exagerado. Escúcheme, que le será curioso de oír: ese lunes que yo pasé ahí dentro había un abismo, y en el abismo había gente, una muchedumbre inmensa, qué locura de gentío, ese sí era una locura, y estaban llorando a moco tendido.

AGUSTÍN: ¿Todos...?

ROQUE: Todos, sin excepción. Nadie se libraba del llanto. Si hubiera visto, ¡qué espectáculo!, por el camino, en determinado sitio, se juntaba el agua de las lágrimas y de todas ellas nacía un río, que luego más adelante tenía sus cataratas correspondientes y todo, y del río nacía un lago y del lago un mar con suaves playas o, por el contrario, con escarpados acantilados, y de ese mar y otros cuantos mares más emergía un océano inmenso.

AGUSTÍN: Y del océano...

ROQUE: Nada más. No había nada más. ¿Le parece poco?

AGUSTÍN: Está bien la cosa. Es interesante. Y... refrescante.

ROQUE: ¡Ah!, también vi un hombre con un cazamariposas atrapando estrellas, que arrojaba con ímpetu al mar y allí se convertían en peces voladores.

AGUSTÍN: ¿Peces que...?

ROQUE: Eso es, peces que vuelan. Aunque no se vaya a imaginar usted una bandada de grullas en el cielo, no es eso. Pero, no se crea, los pececillos estos tienen su recorrido.

AGUSTÍN: ¿Y qué más?

ROQUE: ¿Quiere más?

AGUSTÍN: ¿Hay más? Joder, para no haber nada detrás de la puerta.

ROQUE: No, no, esto que le he contado era en el interior del abismo.

AGUSTÍN: ¡Ah, aclarado! Acabáramos...

Silencio.

ROQUE: Todas las burradas que le he dicho y usted mirándome con cara de bobo.

AGUSTÍN: Todo mentira.

ROQUE: Todo verdad. Pero ya le digo, sólo los lunes, jueves y sábado.

AGUSTÍN: Ah, bien.

ROQUE: Está llorando. Tiene lágrimas resbalando por...

AGUSTÍN: Del esfuerzo.

ROQUE: ¿Qué le ocurre? Si no se ha ido de mi lado.

AGUSTÍN: ¡Ayúdeme a vivir, por favor! A mí me cuesta. Me perturba. ¿No puede ayudarme a vivir?

ROQUE: Viva, usted viva. Eso es cosa suya. Es bien... simple. ¿Es humano?

AGUSTÍN: ¿Quién?

ROQUE: Usted.

AGUSTÍN: ¿Yo?, sí. ¿Tengo pinta de otra cosa?

ROQUE: Yo no sé nada. Déjese vivir, entonces. Le ayudará con su problema de existencia.

AGUSTÍN: (*Limpiándose las lágrimas*) De acuerdo. ¿Qué significa lo que pone en ese cartel?

ROQUE: Pone que... la verdad no está tras la puerta.

AGUSTÍN: No, si eso ya lo leo yo.

ROQUE: ¿Entonces para qué pregunta?

AGUSTÍN: No sé, ¿qué significado puede tener aquí en medio una puerta con un cartel escrito... con un mensaje... desbordante de intriga?

ROQUE: Pues el significado yo lo veo claro como el agua clara. ¿Por qué se complica usted?

AGUSTÍN: ¿Sí? Le escucho.

ROQUE: Está muy claro: (*lee*) La verdad no está tras la puerta. Eso, que la verdad no está...

AGUSTÍN: ¡Eso lo entiendo!

ROQUE: Para entenderlo, se excita usted lo suyo. No se enfade.

AGUSTÍN: Quisiera entender la profundidad de esa frase aquí y ahora, la hondura de... Porque si no está la verdad ahí detrás, puede que haya otro concepto profundo..., que no está visible, un aspecto que se nos está escapando del sentido de la letra escrita...

ROQUE: ¡Hep! ¡Pare! ¡Pare! ¿Hondura? ¿Profundidad? No me gustan las profundidades, nunca me han gustado, desde pequeño, nada en absoluto. En la superficie, en la superficie, cualquier cosa se ve con mucha más claridad si flota sobre la superficie de lo que trate el tema. Eso de cuánta *profundidad* tiene esto o aquello es una milonga de culturetas adinerados o bien pagados,

acomodados y pánfilos, que obran en nombre de alguien para entretenernos a los demás y que no pensemos en que lo que de verdad deberíamos pensar...

AGUSTÍN: ¿Qué es...?

ROQUE: No lo sé. ¡Quién lo sabe! Sí sé que todo ese rollazo sólo conduce a... la confusión, a la duda, al *tiqui taca* de las palabras. Al final no hay quién se aclare. Déjese. Ya, ya sé por dónde va. Yo no sé ni quiero saber nada de sus profundidades. Yo sé cuáles son mis límites. Yo busco al Betis, ¿se acuerda?

AGUSTÍN: Y no podría usted ayudarme a...

ROQUE: Si no hay que moverse, bueno. Porque yo no me muevo, ¿eh? Vengo tres días por semana y casi todos los domingos y me siento aquí a buscar... lo mío. Yo, todo lo que no sea pensarlo y que se realice sin necesidad de mover un dedo, no lo hago.

AGUSTÍN: Ah, ¿sí? Ya será menos, hombre. ¿Cómo qué? Le reto: ponga un ejemplo.

ROQUE: El intermitente del coche, sin ir más lejos. Pienso que hay que activarlo, sé que hay que hacerlo y cuándo, pero si no se pone en marcha él solo cuando lo pienso, yo paso.

AGUSTÍN: Bonita idea. Y el resto de los conductores...

ROQUE: *(Se encoge de hombros)* ¡Hep! ¿Necesita más ejemplos de no movimiento inclusivo? Porque es que no muevo ni un dedo, ni los de mano izquierda ni los de la derecha. Ni esta ni esto ni este. Todo con el pensamiento. No se pone en marcha lo pensado, pues ¡hep!

AGUSTÍN: Pero, reflexione. En definitiva, eso es una acción irresponsable. De alguien muy muy insolidario, ¿se da cuenta?

ROQUE: No. De eso nada. Si me conoceré yo, soy el más responsable de los hombres, el más solidario de los cuadrúpedos. ¿Cuadrúpedos? ¿Cuadrúpedo? No, no, bípedo, eso, de los bípedos. Muy responsable, señor, sé lo que me digo, hágame caso.

AGUSTÍN: Y se lo creerá usted eso que dice respecto a ser solidario.

ROQUE: Totalmente. Si eso se me ve. Se me ve.

Silencio.

AGUSTÍN: ¿Sabe cómo sucedió?

ROQUE: ¿Eh?

AGUSTÍN: Como llegó la puerta esa hasta aquí.

ROQUE: Perfectamente, sin duda. Recuerdo que era un día de primavera en el que en el campo empezaban a florecer espontáneamente multitud de “puertecillas”.

AGUSTÍN: ¡Hombre!

ROQUE: *(Ríe)* Estoy bromeando, estoy bromeando. Soy un hombre bienhumorado, sencillamente. No me lo tome a mal. Bueno, ni a mal ni a bien, no me lo tome, señor. Era domingo, por la mañana, y yo estaba aquí..., como casi todos los domingos...

AGUSTÍN: Buscando su Tetis.

ROQUE: ¡Betis!

AGUSTÍN: Betis.

ROQUE: Eso es. Y llegaron dos operarios y una ingeniera, y ella, toda una señora, les indicó el punto exacto en el que debían levantar ese monumento a las entradas de lo que sea que haya o no haya detrás de ella, y ellos, dos hombrecitos “pequeñillos”, menuditos al lado de aquella señorona, tomaron

medidas y más medidas, y a base de pico, pala, un par de bocadillos de a barra cada uno, una litrona y una férrea voluntad, a las siete horas de trabajo y de esfuerzo, incluidos abundantes minutos de asueto, levantaron la puerta en el punto exacto.

AGUSTÍN: ¿A la primera? Me extraña. Todos somos operarios y...

ROQUE: Qué va, a la primera. Tres veces tuvieron que moverla de sitio porque la ingeniera les corregía la situación con un sextante.

AGUSTÍN: Ya me extrañaba... ¡Un sextante! ¿Pero ese aparato no es para la navegación?

ROQUE: Evidentemente, ellos venían en barco.

AGUSTÍN: Pero...

ROQUE: Es una broma, una broma. Un barco con ruedas.

AGUSTÍN: Es usted muy bromista.

ROQUE: Mucho, sí.

AGUSTÍN: ¿Y el letrero?

ROQUE: Vino otro operario otro domingo. Traía brocha y pintura y mucha maña. En cinco horas lo tenía terminado. Entre horas se comió un tentempié, un pedazo así de pan y una litrona, a la cual yo di un trago.

AGUSTÍN: *(Siempre reflexivo)* Todos los operarios vienen en domingo.

ROQUE: Serán domingueros. Operarios de domingo. Es una broma, es una broma.

AGUSTÍN: Ya, con las bromas. ¿Y no se le ocurrió preguntarle al operario que pintaba las letras cuál era su significado?

ROQUE: Se me ocurrió.

AGUSTÍN: ¿Cuál, cuál fue su contestación?

ROQUE: Le cuento, señor. El operario iba dibujando sus letras consultando una hojilla que llevaba en un bolsillo. Pintaba y consultaba, consultaba y pintaba. Cuando llegó a la A de *está*, se tomó un descanso y comenzó a comerse..., a devorar su barra de pan con chorizo del barato en medio... Lo sé porque eructó frente a mí un par de veces...

AGUSTÍN: Siga, siga...

ROQUE: Yo le preguntaba con insistencia. Y él, por señas, me indicaba que llevaba la boca llena y no podía hablar, me señaló el bocadillo... Yo, que no soy tonto, entendí...

AGUSTÍN: Abrevie, por lo que más quiera.

ROQUE: Abrevio. No se dignó dirigirme la palabra hasta que no hubo terminado con su bocadillo, primero, y después, hasta que no acabó de pintar toda la frase.

AGUSTÍN: Cuál fue su explicación cuando terminó.

ROQUE: Se alejó unos metros del cartel, consultó por última vez su chuleta, sonrió con apariencia de satisfacción y suficiencia..., analizándolo, revisándolo meticulosamente.

AGUSTÍN: Pero, ¿qué dijo?

ROQUE: ¡Qué impaciente!

AGUSTÍN: Sí, pero dígamelo ya.

ROQUE: Cuatro palabras.

AGUSTÍN: ¿Cuatro palabras?

ROQUE: Sí, que pronunció cuatro palabras.

AGUSTÍN: (*Intrigadísimo*) Cuatro palabras...

ROQUE: Cuatro. Ni una más ni una menos.

AGUSTÍN: ¿Cuáles fueron? ¡Apúrese!

ROQUE: Mirando alternativamente al cartel y a mí, a mí y al cartel, dijo sonriendo, muy ceremonioso: “Pues es de cajón”.

AGUSTÍN: ¿Eso?

ROQUE: Cuatro palabras, ya se lo había avisado. Pues, es, de, y cajón.
Cuatro.

AGUSTÍN: ¡Ya sé que son cuatro palabras!

ROQUE: ¿Por qué se enfada?

AGUSTÍN: No me enfado.

ROQUE: Se enfada, se enfada.

AGUSTÍN: ¿Ni dijo ni hizo nada más?

ROQUE: Recogió sus utensilios, la pintura que le sobró y se fue, sonriéndome abiertamente, por donde había venido.

AGUSTÍN: Pues es de cajón...

ROQUE: Pues es de cajón, sí, señor.

AGUSTÍN: ¿Y ya está?

ROQUE: Bueno, dejó la litrona con un culo que le quedaba a la botella. Que ya estaba “calentuja”, por cierto. Eso es todo.

Pausa.

AGUSTÍN: ¿No ha habido más indicios de...? ¿Algún jueves, o en algún sábado ha llegado a ver algo?

ROQUE: Un sábado, sí, señor, ahora que lo pregunta, al atardecer, estaba yo aquí mismamente buscando mi Betis y se dejaron caer la ingeniera y uno de los operarios.

AGUSTÍN: Para...

ROQUE: No, no, ¿en que anda pensando, señor? Traían un pico. Se encaminaron ahí detrás y estuvieron dale que dale con el pico todo el rato hasta el amanecer.

AGUSTÍN: ¿Y que hicieron?

ROQUE: ¡Ahí va!, un agujero. ¡Qué van a hacer con un pico!

AGUSTÍN: ¿Y encontraron algo?

ROQUE: Yo qué sé.

AGUSTÍN: ¿Qué buscarían?

ROQUE: A lo mejor la verdad esa que pone en el cartel que no está...

AGUSTÍN: ¿Con un pico?

ROQUE: ¿Qué más dará, para no encontrar la verdad, un pico que... una linterna, señor?

AGUSTÍN: Bueno, sí, sí, pero yo estoy confundido. Cada vez más confundido. Y hasta consternado.

ROQUE: ¿Constipado?

AGUSTÍN: Consternado.

ROQUE: ¿Y eso qué es?

AGUSTÍN: Pues... triste.

ROQUE: ¡Ah, "constrenado"!, ya, ya. Se me había ido a mí la cabeza. Es para estarlo, muy, pero que muy constreñido.

AGUSTÍN: Consternado.

ROQUE: Eso, yo también estoy... cons... así. Algunas palabras es que se me atraviesan.

AGUSTÍN: Mucho más que cuando llegué. Estoy... que no sé si estoy.

ROQUE: Qué lio, algunas palabras... Aunque le comprendo.

AGUSTÍN: ¿Y el agujero ese sigue ahí?

ROQUE: Era el abismo del que le hablé hace un momento.

AGUSTÍN: Entonces... *(Se encamina decididamente hacia la parte de atrás de la puerta)*

ROQUE: No, no se moleste en buscar. Lo taparon. Es que como es tan fácil: tierra afuera, socavón; tierra adentro, adiós socavón.

AGUSTÍN, rodeando la puerta, se pierde por detrás y grita, aterrado, porque ha caído al abismo.

AGUSTÍN: ¡Aaah! ¡Miserable! ¡Maldito sea! ¡Me ha hecho caer en lo más profundo! ¡Estaba tapado, decía! ¡Y me encuentro aquí abajo, tirado! ¡Al fondo! ¡Roto! ¡Sin posibilidad de salir! ¡Socorro!

ROQUE: Bueno, relájese. Todo tiene arreglo. Por muy complicada que sea la solución en apariencia, se sale, de los agujeros, se sale, señor.

AGUSTÍN: ¿Cómo? ¿Cómo saldré?

ROQUE: Facilitaría la cosa si tuviera usted alas.

AGUSTÍN: ¿Qué dice?

ROQUE: Concéntrese, quizá le crezcan. Nunca se sabe.

AGUSTÍN: Écheme un cabo de una cuerda.

ROQUE: ¿De dónde voy a sacar yo una cuerda?

AGUSTÍN: Busque a un guardia.

ROQUE: Los guardias no llevan cuerdas.

AGUSTÍN: Uno de esos que van a caballo.

ROQUE: Ni que fueran vaqueros, señor. Y por aquí no veo ninguno.

AGUSTÍN: ¡Hágalo!

ROQUE: Tendrá que esperar a que pase uno. Además, tengo un conocido que es de la policía montada y nunca le he visto “echando el lazo” con ninguna cuerda.

AGUSTÍN: ¡Ayúdeme!

ROQUE: Si no hay que moverse... puedo intentarlo. ¡Un segundo!

ROQUE registra el contenido del maletín de AGUSTÍN. Mira su estrafalario pijama. Se come el sándwich que encuentra y bebe de su botellín de agua.

ROQUE: No debería echarle tanta sal a la tortilla.

AGUSTÍN: ¿Sal?

ROQUE: No es buena para la salud.

AGUSTÍN: ¿Se está comiendo mi bocadillo?

ROQUE: No, ya me lo he comido. Es una compensación. Tenía que prepararme concienzudamente para el esfuerzo que hay que hacer.

AGUSTÍN: ¡Sáqueme de aquí!

Ambos detrás de la puerta, no visibles al público.

ROQUE: Deshágase el nudo de la corbata, arrójeme un extremo y usted sujétese con fuerza al otro.

AGUSTÍN: ¿Está loco?

ROQUE: ¿Tiene usted otra solución, señor?

AGUSTÍN: De acuerdo.

Pausa.

ROQUE: Ya la tengo. Arriba. Allá vamos. Allá vamos.

AGUSTÍN: Ay, ay.

ROQUE: Allá vamos.

AGUSTÍN: Ay, ay, ayayay.

ROQUE: Allá vamos. Arriba.

AGUSTÍN: Ay, ay, ayayay.

ROQUE: Allá vamos.

Una cantinela semejante a la de unos antiguos remeros en pleno esfuerzo.

AGUSTÍN: Ay, ay, ayayay.

ROQUE: Allá vamos.

AGUSTÍN: Ay, ay, ayayay.

ROQUE: Allá vamos.

AGUSTÍN: No sea tan brusco, me va a descoyuntar.

ROQUE: Y usted no sea quejica. Hoy podrá dormir en su sillón gracias a mí.

AGUSTÍN: Por fin, tierra clara.

ROQUE: ¿Está besando la tierra?

AGUSTÍN: Estoy.

ROQUE: No se le vaya a atragantar.

AGUSTÍN: Seré cuidadoso.

ROQUE: No aparenta usted todo lo que pesa, señor.

Salen de detrás del armazón. AGUSTÍN con la cara tiznada y su camisa

blanca ennegrecida y rota, destrozado el pantalón, sin chaqueta...

AGUSTÍN: Tengo que ir hecho un adefesio.

ROQUE: La aventura, señor, eso es lo que tiene. Sí, va hecho un asco, claramente, como recién salido del Pozo del Tizne. Pero, ¡caray!, el negro le sienta estupendamente, que lo sepa. Se lo digo yo, señor, los colores son uno de mis fuertes.

AGUSTÍN: Bromea, ¿no?

ROQUE: No, no, de ninguna de las maneras. ¿Qué ha visto allá abajo?

¡Cuénteme!

AGUSTÍN: Poca cosa.

ROQUE: Mal día hoy, mal día. Advertido estaba.

AGUSTÍN: Había un hombre vestido de negro riguroso, durmiendo sobre una piedra blanca marmórea y radiante en la que se reflejaba un cielo verde.

ROQUE: ¿Y ya está? ¿Eso sólo?

AGUSTÍN: No he visto nada más. ¿Me lo voy a inventar? ¿Quiere que me lo invente?

ROQUE: No, no. Y señoras, ¿no había?

AGUSTÍN: Yo no he visto ninguna.

ROQUE: Qué mal rollo, señor, si no hay igualdad. Si allá abajo tampoco hay igualdad, ¡qué trastorno aquí arriba!

AGUSTÍN: Nadie limpia eso por dentro, por lo visto, y necesita deshollinarse. Mire como voy.

ROQUE: Ya, ya veo.

Pausa.

AGUSTÍN: Nada, por más que he buscado, y he buscado, no he visto nada, ni más gente ni ríos ni lagos ni mares.

ROQUE: Va a buscar ni va a dejar de buscar, con lo ocupado que estaba gritando.

AGUSTÍN: ¿Qué?

ROQUE: Nada.

AGUSTÍN: Sólo oscuridad, todo contaminado y tizne, y ese único hombre de negro roncando a todo lo que daba.

ROQUE: ¿Ha hablado con él?

AGUSTÍN: Estaba durmiendo, como un tronco, ya le digo. ¿Lo voy a despertar por un capricho mío? Yo también me he hecho muchas preguntas, pero... a aguantarse.

ROQUE: Es que esta fecha es muy mala. Pésima. Si quiere ver algo de verdad, como para impresionarse, sin riesgos para su salud mental ni su integridad física ha de ser los días lunes, jueves o sábado.

AGUSTÍN: He pasado tanto miedo. Estaba todo tan oscuro..., fíjese: la única luz verdadera era la que desprendía su mirada observándome desde lo alto del precipicio.

ROQUE: ¿Ah, sí, mi mirada? ¿La distinguía desde allá abajo? ¿Desprendía luz? ¿Sí?

AGUSTÍN: Pero a la perfección. Iluminaba la caverna.

ROQUE: ¿De verdad? ¿De verdad? ¿Sí?

AGUSTÍN: Que sí, que sí. ¿Sorprendido? Tanto interés.

ROQUE: Me está ablandando y encabritando el corazón al mismo tiempo. Me lo noto como un caballo desbocado. ¡Toque, toque, tóquemelo!

AGUSTÍN: Llevo las manos sucias.

ROQUE: A mí no me importa.

AGUSTÍN: Oiga, ¿qué le pasa? ¿Me está tirando los tejos?

ROQUE: Como es un hombre...

AGUSTÍN: ¿Qué?

ROQUE: La ley no lo prohíbe. Si fuera usted una mujer..., no debería.

AGUSTÍN: Contrólese, hombre. ¡Va a terminar enamorándose de mí!

ROQUE: Qué va, qué va. ¿Yo? Si sucediera algo así, cosa que dudo con vehemencia, eso es un sentimiento espontáneo e incontrolable, de largo, muy largo recorrido mayormente o...o... también instantáneo, cierto es, se lo hago saber. Contésteme a algo, ¿tiene pareja?

Silencio.

¿Parejas?

AGUSTÍN: Tengo, tengo.

ROQUE: ¿Una, dos?

AGUSTÍN: Nada me obliga a...

ROQUE: Por favor...

AGUSTÍN: Paso de contestarle.

Silencio

ROQUE: Una pregunta íntima y rutinaria. Pero necesaria, señor.

AGUSTÍN: Tampoco estoy nada seguro de que la vaya a responder.

ROQUE: ¿Qué piensa usted del poliamor?

AGUSTÍN: Poli... Uy, uy, uy, uy. Me ha pillado. Que no es mi fuerte. Tengo el corazón muy ajustadito ya para mi capacidad amorosa actual.

ROQUE: Es una pena de las que hacen época, a buen seguro. Consecuencias del río de la vida. Usted se lo pierde. Es que le favorece tanto el negro. Por cierto, ¿cómo se llama?

AGUSTÍN: Agustín.

ROQUE: Yo, Roque. ¡Hep! Culpa de mis papás. Hay cosas que escapan a nuestro control, señor, y el nombre es una de ellas.

AGUSTÍN: ¿Ha encontrado usted el Tetris?

ROQUE: Betis, señor.

AGUSTÍN: Betis.

ROQUE: Si no he tenido tiempo de buscar.

AGUSTÍN: Ah, claro.

Silencio.

Bueno, aquí ya no puedo hacer nada yo. Tal y como voy. Tendré que ir a adecentarme... de esta derrota.

ROQUE: No, no, no se va derrotado. No diría eso si supiera cómo le favorece el negro.

AGUSTÍN: Bueno, se lo agradezco, hombre.

ROQUE: Le insisto y le insisto, y le vuelvo a insistir, es que hoy no hay nada que ver. Mucho ha logrado usted para ser miércoles. Vuelva... ¡mañana, que es jueves! O... cualquier sábado.

Silencio.

Yo estaré por aquí... buscando.

AGUSTÍN: A su Betis.

ROQUE: ¡Se lo ha aprendido, señor!

AGUSTÍN: No estoy seguro de sí volveré a pasar por esta zona.

ROQUE: ¿Ya no quiere saber qué verdad es la que no está detrás de la puerta?

AGUSTÍN: ¿Eh? Depende del trabajo que tenga en la... oficina.

ROQUE: Bueno, yo seguiré... investigando en mis asuntos.

AGUSTÍN: Adiós, Roque. Cuidado con los agujeros abismales.

ROQUE: Lo tendré. Hasta siempre..., Agustín.

AGUSTÍN se dirige a la salida.

Agustín...

AGUSTÍN: ¿Qué pasa?

ROQUE: ¿Podemos tutearnos?

AGUSTÍN: ¿Por qué no? Adiós.

Sale.

ROQUE: Adiós.

ROQUE recoge el maletín, que ha quedado olvidado.

¡El maletín!

Silencio.

*ROQUE abre el maletín, comprueba las medidas del pijama de
AGUSTÍN para averiguar si se ajusta a su talla, y, satisfecho, introduce
periódico y pijama en él.*

(Brinca) ¡Hep!

Sale, contento, con el maletín.

OSCURO.